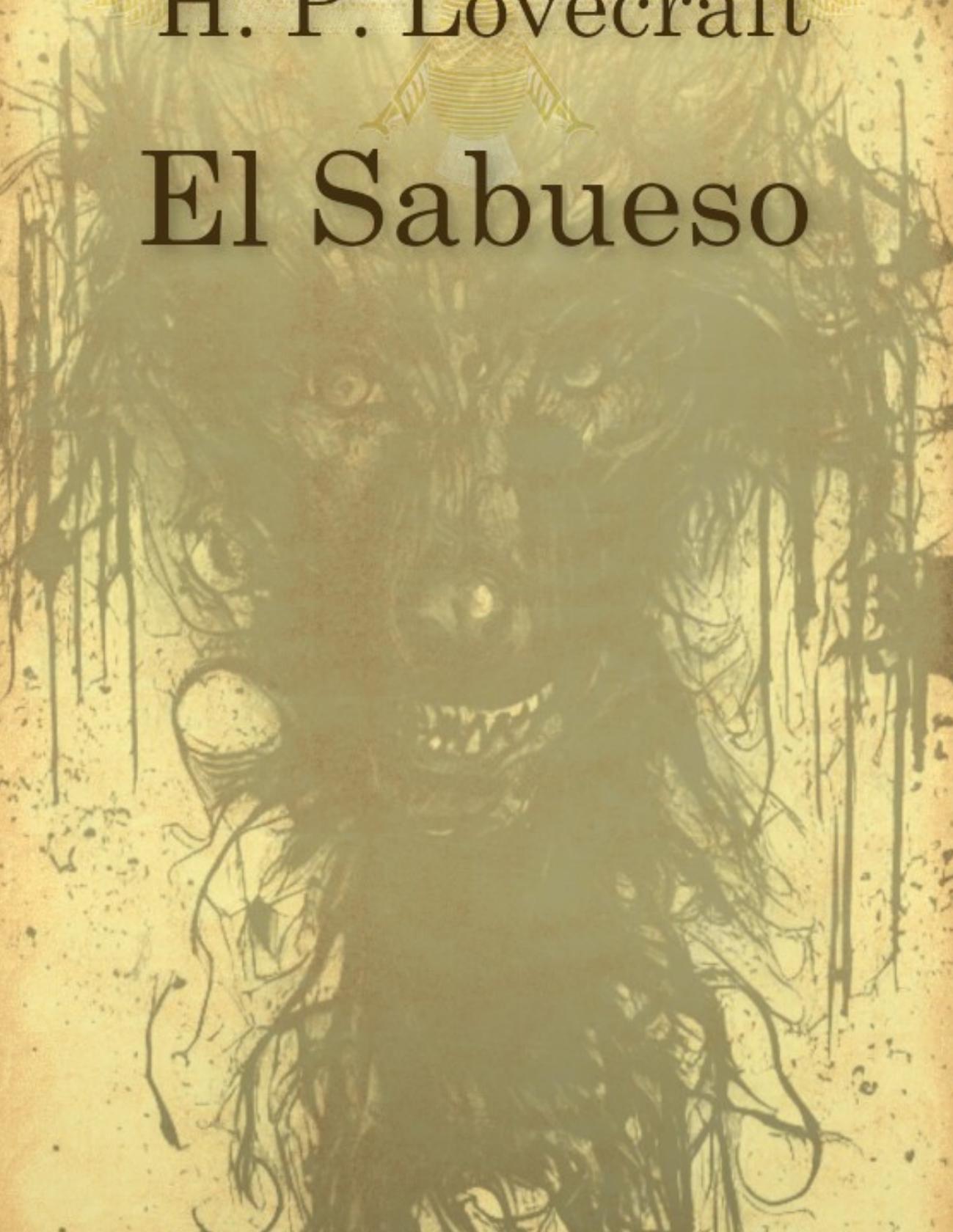




H. P. Lovecraft

El Sabueso



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL SABUESO

H. P. LOVECRAFT

**PUBLICADO: 1924
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

En mis torturados oídos suena sin cesar un zumbido y un aleteo de pesadilla, y un débil y lejano aullido como el de algún sabueso gigantesco. No es un sueño; no es, me temo, ni siquiera una locura, pues ya han sucedido demasiadas cosas como para que me asalten estas misericordiosas dudas.

St. John es un cadáver destrozado; sólo yo sé por qué, y tal es mi conocimiento que estoy a punto de volarme los sesos por miedo a ser destrozado de la misma manera. Por los pasillos sin luz y sin límites de la fantasía de lo antiguo se desliza la negra e informe Némesis que me lleva a la autoaniquilación.

Que el cielo perdone la insensatez y la morbosidad que nos condujo a ambos a un destino tan monstruoso. Cansados de los lugares comunes de un mundo prosaico, en el que incluso las alegrías del romanticismo y la aventura pronto se vuelven rancias, St. John y yo habíamos seguido con entusiasmo todos los movimientos estéticos e intelectuales que prometían un respiro a nuestro devastador hastío. Los enigmas de los simbolistas y los éxtasis de los prerrafaelistas fueron nuestros en su momento, pero cada nuevo estado de ánimo se agotó demasiado pronto, de su divertida novedad y atractivo.

Sólo la filosofía sombría de los decadentes podía ayudarnos, y esto lo encontramos potente sólo aumentando gradualmente la profundidad y el diablismo de nuestras penetraciones. Baudelaire y Huysmans pronto se agotaron de emociones, hasta que finalmente sólo nos quedaban los estímulos más directos de las experiencias y aventuras personales no naturales. Fue esta espantosa necesidad emocional la que nos condujo finalmente a ese detestable curso que incluso en mi actual temor menciono con vergüenza y timidez: ese horrible extremo del ultraje humano, la aborrecida práctica del robo de tumbas.

No puedo revelar los detalles de nuestra espeluznante expedición, ni catalogar ni siquiera en parte los peores trofeos que adornan el museo sin nombre en el que habitamos conjuntamente, solos y sin servicio. Nuestro museo era un lugar blasfemo, impensable, donde con el gusto satánico de virtuosos neuróticos habíamos montado un universo de terror y una sala

secreta, lejos, muy lejos, bajo tierra; donde enormes demonios alados esculpido en basalto y ónice vomitaban de anchas bocas sonrientes una extraña luz verde y naranja, y ocultas tuberías neumáticas erizaban en caleidoscópicas danzas de la muerte la línea de rojas cosas de charnela tejidas a mano en voluminosas colgaduras negras. A través de estas tuberías llegaban a voluntad los olores que más ansiaban nuestros estados de ánimo; a veces el aroma de los pálidos lirios funerarios; a veces el incienso narcótico de imaginados santuarios orientales de los muertos reales, y a veces -¡cómo me estremece recordarlo!- los espantosos hedores que desgarran el alma de la tumba sin cubrir.

Alrededor de las paredes de esta repelente cámara había vitrinas con momias antiguas que se alternaban con cuerpos hermosos y reales, perfectamente disecados y curados por el arte del taxidermista, y con lápidas arrancadas de los cementerios más antiguos del mundo. Los nichos contenían cráneos de todas las formas y cabezas conservadas en distintos estados de disolución. Allí se podían encontrar las calvas podridas de nobles famosos, y las cabezas carnosas y radiantemente doradas de niños recién enterrados.

Había estatuas y pinturas, todas de temas diabólicos y algunas ejecutadas por St. John y por mí. Un portafolio cerrado, encuadrado en piel humana curtida, contenía ciertos dibujos desconocidos e innombrables que se rumoreaba que Goya había perpetrado pero no se atrevía a reconocer. Había instrumentos musicales nauseabundos, de cuerda, de latón, de viento-madera, en los que St. John y yo produjimos a veces disonancias de exquisita morbosidad y de cacodaemoniaco morbo; mientras que en una multitud de gabinetes de ébano con incrustaciones reposaba la más increíble e inimaginable variedad de botín funerario jamás reunido por la locura y la perversidad humanas. Es de este botín en particular del que no debo hablar. Gracias a Dios, tuve el valor de destruirlo mucho antes de pensar en destruirme a mí mismo.

Las excursiones depredadoras en las que recogíamos nuestros innombrables tesoros eran siempre acontecimientos artísticamente memorables. No éramos vulgares necrófagos, sino que trabajábamos sólo bajo ciertas condiciones de humor, paisaje, ambiente, clima, estación y luz de la luna.

Estos pasatiempos eran para nosotros la forma más exquisita de expresión estética, y dábamos a sus detalles un fastidioso cuidado técnico. Una hora inadecuada, un efecto de iluminación discordante, o una torpe manipulación del césped húmedo, destruirían casi totalmente para nosotros esa excitación extática que seguía a la exhumación de algún ominoso y sonriente secreto de la tierra. Nuestra búsqueda de escenas novedosas y condiciones picantes era febril e insaciable: St. John era siempre el líder, y fue él quien guió el camino hasta aquel lugar burlón y maldito que nos trajo nuestra horrible e inevitable perdición.

¿Por qué fatalidad maligna fuimos atraídos a ese terrible cementerio de Holanda? Creo que fue el oscuro rumor y la leyenda, los cuentos de alguien enterrado durante cinco siglos, que había sido él mismo un ghoul en su tiempo y había robado una cosa potente de un poderoso sepulcro. Puedo recordar la escena en estos últimos momentos: la pálida luna otoñal sobre las tumbas, que proyectaba largas y horribles sombras; los grotescos árboles, que caían hoscamente al encuentro de la hierba descuidada y las losas desmoronadas; las vastas legiones de murciélagos extrañamente colosales que volaban contra la luna; la antigua iglesia de hiedra que señalaba con un enorme dedo espectral el cielo lívido; los insectos fosforescentes que danzaban como fuegos de la muerte bajo los tejos en un rincón lejano; los olores de moho, vegetación y cosas menos explicables que se mezclaban débilmente con el viento nocturno procedente de pantanos y mares lejanos; y, lo peor de todo, el tenue y profundo aullido de algún sabueso gigantesco que no podíamos ver ni ubicar definitivamente. Cuando oímos esta sugerencia de aullido nos estremecimos, recordando los relatos de los campesinos; porque el que buscábamos había sido encontrado siglos atrás en este mismo lugar, desgarrado y destrozado por las garras y los dientes de alguna bestia indescriptible.

Recuerdo cómo hurgamos con nuestras palas en la tumba del ghoul, y cómo nos estremecimos ante la imagen de nosotros mismos, la tumba, la pálida luna vigilante, las horribles sombras, los grotescos árboles, los titánicos murciélagos, la antigua iglesia, las danzantes hogueras de la muerte, los enfermizos olores, el suave gemido del viento nocturno, y los extraños y semioídos aullidos sin dirección de cuya existencia objetiva apenas podíamos estar seguros.

Entonces dimos con una sustancia más dura que el moho húmedo, y contemplamos una caja oblonga en descomposición, encostrada con depósitos minerales procedentes de la tierra no alterada durante mucho tiempo. Era increíblemente dura y gruesa, pero tan antigua que finalmente la abrimos y nos deleitamos con lo que contenía.

A pesar de los quinientos años transcurridos, quedaba mucho, sorprendentemente mucho, del objeto. El esqueleto, aunque aplastado en algunas partes por las mandíbulas de la cosa que lo había matado, se mantenía unido con una firmeza sorprendente, y nos regodeamos en el blanco y limpio cráneo y en sus largos y firmes dientes y en sus cuencas sin ojos, que en otro tiempo habían brillado con una fiebre de carnalidad como la nuestra. En el ataúd yacía un amuleto de curioso y exótico diseño, que aparentemente había sido llevado alrededor del cuello del durmiente. Era la figura extrañamente convencional de un sabueso alado agazapado, o de una esfinge con rostro semicanino, y estaba exquisitamente tallado a la manera oriental antigua en una pequeña pieza de jade verde. La expresión de sus rasgos era extremadamente repelente, con sabor a muerte, bestialidad y malevolencia. Alrededor de la base había una inscripción en caracteres que ni St. John ni yo pudimos identificar; y en la parte inferior, como un sello de fabricante, estaba grabada una grotesca y formidable calavera.

Inmediatamente después de contemplar este amuleto supimos que debíamos poseerlo; que sólo este tesoro era nuestro lógico botín de la tumba centenaria. Incluso si sus contornos nos hubieran resultado desconocidos, lo habríamos deseado, pero al mirar más de cerca vimos que no era del todo desconocido. En efecto, era ajeno a todo el arte y la literatura que los lectores cuerdos y equilibrados conocen, pero lo reconocimos como lo que se insinuaba en el Necronomicón prohibido del loco árabe Abdul Alhazred; el espantoso símbolo de las almas del culto devorador de cadáveres del inaccesible Leng, en Asia Central. En el fondo, se trataba de los siniestros lineamientos descritos por el viejo daemonólogo árabe; lineamientos, escribió, extraídos de alguna oscura manifestación sobrenatural de las almas de los que vejaban y roían a los muertos.

Agarrando el objeto de jade verde, echamos una última mirada al rostro blanqueado y de ojos cavernosos de su dueño y cerramos la tumba tal como

la encontramos. Mientras nos apresurábamos a abandonar el abominable lugar, con el amuleto robado en el bolsillo de St. John, nos pareció ver a los murciélagos descender en masa a la tierra que habíamos desvalijado tan recientemente, como si buscaran algún alimento maldito e impío. Pero la luna de otoño brillaba débil y pálida, y no podíamos estar seguros.

Al día siguiente, mientras navegábamos desde Holanda hacia nuestro hogar, creímos oír el débil y lejano aullido de algún sabueso gigantesco en el fondo. Pero el viento otoñal gemía triste y débil, y no podíamos estar seguros.

Menos de una semana después de nuestro regreso a Inglaterra, empezaron a suceder cosas extrañas. Vivíamos como reclusos; desprovistos de amigos, solos y sin sirvientes en unas pocas habitaciones de una antigua casa solariega en un páramo sombrío y poco frecuentado; de modo que nuestras puertas rara vez se veían perturbadas por la llamada del visitante.

Ahora, sin embargo, nos preocupaba lo que parecía ser un frecuente tanteo en la noche, no sólo alrededor de las puertas sino también alrededor de las ventanas, tanto superiores como inferiores. Una vez nos pareció que un cuerpo grande y opaco oscurecía la ventana de la biblioteca cuando la luna brillaba contra ella, y en otra ocasión nos pareció oír un zumbido o un aleteo no muy lejano. En todas las ocasiones la investigación no reveló nada, y empezamos a atribuir los sucesos a la imaginación, que aún prolongaba en nuestros oídos el débil y lejano aullido que creíamos haber oído en el patio de la iglesia de Holanda. El amuleto de jade reposaba ahora en un nicho de nuestro museo, y a veces quemábamos ante él una vela de extraño aroma. Leímos mucho en el Necronomicón de Alhazred sobre sus propiedades, y sobre la relación de las almas de los fantasmas con los objetos que simbolizaba; y lo que leímos nos perturbó.

Entonces llegó el terror.

En la noche del 24 de septiembre de 19--, oí que llamaban a la puerta de mi habitación. Creyendo que se trataba de St. John, le pedí al que llamaba que entrara, pero sólo me respondió una risa estridente. No había nadie en el pasillo. Cuando desperté a St. John de su sueño, declaró desconocer por completo el suceso, y se preocupó tanto como yo. Fue la noche en que el

débil y lejano aullido sobre el páramo se convirtió para nosotros en una realidad cierta y temida.

Cuatro días después, mientras ambos estábamos en el museo oculto, se oyó un rasguño bajo y cauteloso en la única puerta que conducía a la escalera secreta de la biblioteca. Nuestra alarma se dividió, ya que, además de nuestro miedo a lo desconocido, siempre habíamos albergado el temor de que nuestra espeluznante colección fuera descubierta. Apagando todas las luces, nos dirigimos a la puerta y la abrimos de golpe; entonces sentimos una inexplicable ráfaga de aire y oímos, como si se alejara, una extraña combinación de crujidos, tintineos y charlas articuladas. No intentamos determinar si estábamos locos, soñando o en nuestros cabales. Sólo nos dimos cuenta, con la más negra de las aprensiones, de que el parloteo aparentemente incorpóreo era sin duda en lengua holandesa.

Después de eso, vivimos con creciente horror y fascinación. La mayor parte de las veces nos aferrábamos a la teoría de que nos estábamos volviendo locos de forma conjunta por nuestra vida de excitaciones antinaturales, pero a veces nos complacía más dramatizar como víctimas de alguna fatalidad rastrera y espantosa. Las manifestaciones extrañas eran ahora demasiado frecuentes para contarlas. Nuestra solitaria casa parecía vivir con la presencia de algún ser maligno cuya naturaleza no podíamos adivinar, y cada noche ese aullido daemoníaco rodaba por el páramo azotado por el viento, cada vez más fuerte. El 29 de octubre encontramos en la tierra blanda bajo la ventana de la biblioteca una serie de huellas absolutamente imposibles de describir. Eran tan desconcertantes como las hordas de grandes murciélagos que rondaban la vieja mansión en un número creciente y sin precedentes.

El horror alcanzó su punto culminante el 18 de noviembre, cuando St. John, caminando hacia su casa al anochecer desde la lúgubre estación de tren, fue atrapado por algún espantoso ser carnívoro y despedazado. Sus gritos llegaron a la casa, y yo me apresuré a llegar a la terrible escena a tiempo de oír un zumbido de alas y ver una vaga cosa negra y nublada que se perfilaba contra la luna creciente.

Mi amigo se estaba muriendo cuando le hablé, y no podía responder coherentemente. Lo único que pudo hacer fue susurrar: "El amuleto, esa

maldita cosa...".

Luego se desplomó, una masa inerte de carne destrozada.

Lo enterré a la medianoche siguiente en uno de nuestros descuidados jardines, y murmuré sobre su cuerpo uno de los rituales diabólicos que había amado en vida. Y mientras pronunciaba la última frase demoníaca, oí a lo lejos, en el páramo, el débil aullido de algún sabueso gigantesco. La luna había salido, pero no me atreví a mirarla. Y cuando vi en el páramo poco iluminado una amplia y nebulosa sombra que iba de montículo en montículo, cerré los ojos y me tiré al suelo boca abajo. Cuando me levanté, tembloroso, no sé cuánto tiempo después, entré tambaleándome en la casa e hice reverencias estremecedoras ante el amuleto consagrado de jade verde.

Temiendo ahora vivir solo en la antigua casa del páramo, partí al día siguiente hacia Londres, llevándome el amuleto después de destruir por el fuego y enterrar el resto de la impía colección en el museo. Pero al cabo de tres noches volví a oír los aullidos, y antes de que pasara una semana sentí que unos ojos extraños me miraban cada vez que oscurecía. Una noche, mientras paseaba por Victoria Embankment en busca de un poco de aire necesario, vi una forma negra que oscurecía uno de los reflejos de las lámparas en el agua. Un viento, más fuerte que el de la noche, se precipitó, y supe que lo que le había sucedido a St. John pronto me sucedería a mí.

Al día siguiente envolví cuidadosamente el amuleto de jade verde y me embarqué hacia Holanda. No sabía qué gracia podría obtener devolviendo el objeto a su silenciosa y dormida dueña, pero sentí que debía intentar cualquier paso concebiblemente lógico. Qué era el sabueso, y por qué me había perseguido, eran cuestiones todavía imprecisas; pero había oído por primera vez los aullidos en aquel antiguo cementerio, y todos los acontecimientos posteriores, incluido el susurro de St. John al morir, habían servido para relacionar la maldición con el robo del amuleto. En consecuencia, me hundí en los abismos más profundos de la desesperación cuando, en una posada de Rotterdam, descubrí que los ladrones me habían despojado de este único medio de salvación.

Aquella noche los aullidos fueron muy fuertes, y por la mañana leí sobre un hecho sin nombre en el barrio más vil de la ciudad. La chusma estaba

aterrorizada, pues sobre una malvada vivienda había caído una muerte roja más allá del más asqueroso crimen anterior del barrio. En una escuálida guarida de ladrones, una familia entera había sido despedazada por una cosa desconocida que no dejaba rastro, y los que estaban alrededor habían oído toda la noche una nota débil, profunda e insistente como la de un sabueso gigantesco.

Así que por fin me paré de nuevo en el insano patio de la iglesia, donde una pálida luna de invierno proyectaba horribles sombras y los árboles sin hojas se inclinaban hostilmente al encuentro de la hierba marchita y helada y de las losas que se resquebrajaban, y la iglesia cubierta de hiedra señalaba con un dedo burlón al cielo inhóspito, y el viento nocturno aullaba maniáticamente por encima de los pantanos helados y los mares fríos. Los aullidos eran ahora muy débiles, y cesaron por completo cuando me acerqué a la antigua tumba que una vez había violado, y espanté una horda anormalmente grande de murciélagos que había estado revoloteando curiosamente alrededor de ella.

No sé por qué fui allí, a no ser que fuera para rezar, o para balbucear locas súplicas y disculpas a la tranquila cosa blanca que yacía en su interior; pero, cualquiera que fuera mi razón, atacé el césped medio congelado con una desesperación en parte mía y en parte de una voluntad dominante fuera de mí. La excavación fue mucho más fácil de lo que esperaba, aunque en un momento dado me encontré con una extraña interrupción; cuando un buitre delgado se lanzó desde el frío cielo y picoteó frenéticamente la tierra de la tumba hasta que lo maté con un golpe de mi pala. Finalmente llegué a la podrida caja oblonga y quité la húmeda tapa de nitrógeno. Este fue el último acto racional que realicé.

Porque agazapado dentro de aquel ataúd centuriado, abrazado por un séquito de pesadilla de enormes murciélagos nervudos y dormidos, estaba la cosa huesuda que mi amigo y yo habíamos robado; no limpia y plácida como la habíamos visto entonces, sino cubierta de sangre apelmazada y de jirones de carne y pelo ajenos, y mirándome con sensibilidad, con cuencas fosforescentes y afilados colmillos ensangrentados que bostezaban retorcidamente en burla de mi inevitable perdición. Y cuando de aquellas sonrientes mandíbulas brotó un profundo y sardónico latigazo como el de

un sabueso gigantesco, y vi que sostenía en su sangrienta y sucia garra el perdido y fatídico amuleto de jade verde, me limité a gritar y a huir como un idiota, disolviéndose pronto mis gritos en alaridos de risa histérica.

La locura cabalga por el viento de las estrellas. . . garras y dientes afilados en siglos de cadáveres. . . goteando muerte a horcajadas sobre una bacanal de murciélagos de ruinas negras de templos enterrados de Belial. . . .

Ahora, mientras el aullido de esa monstruosidad descarnada y muerta se hace cada vez más fuerte, y el sigiloso zumbido y aleteo de esas malditas alas de telaraña se acerca cada vez más, buscaré con mi revólver el olvido que es mi único refugio de lo innominado e innombrable.

¡Gracias por leer este libro de
www.elejandria.com!

Descubre nuestra colección de obras de dominio público en castellano en nuestra web